

Notas

DOS RECTORES Y UNA UNIVERSIDAD

Por Fernando Gómez Mejía, Pbro.

La Universidad Pontificia Bolivariana conmemora dos hechos importantes: El trigésimo año de la muerte de su fundador Manuel José Sierra y el trigésimo de rectoría de Monseñor Félix Henao Botero.

La Bolivariana debe conservar fresca, admirada y agradecida la memoria de su insigne fundador. Hoy cuando se “contesta” arrogantemente el pasado, cuando se maldice la tradición y se desconocen los valores de antaño es casi un atrevimiento exaltar la memoria de varones eximios, portentos de ingenio, modelos de esfuerzo y tenacidad, emporio de virtudes y creadores de obras gigantes, que hoy son el más glorioso monumento a su recuerdo y su más precioso legado a la posteridad.

Manuel José Sierra, ocupa puesto de honor en la galería de los grandes de Colombia. Antioquia le rinde pleitesía como a uno de sus genios creadores y la Universidad Pontificia Bolivariana lo mira de hito en hito para no perder de vista la altura sublime de sus ideales cuajados en el incomparable Evangelio de Cristo y en los pensamientos cimeros del Libertador Simón Bolívar. Nació la Bolivariana de su alma ardorosa, de su corazón noble, de su inteligencia poderosa, de su tenacidad insobornable, de su patriotismo diamantino y del celo sacerdotal de su espíritu oceánico.

La Providencia Divina lo preparó para una hora difícil: Inteligencia ágil y profunda, amplísima cultura, personalidad recia y riquísima, dón de mando, talento organizador, decisión vigorosa en los empeños, dinamismo creador, fiel hijo de la Iglesia, servidor insomne de la patria, enamorado de la juventud y de la cultura, era el hombre que Dios tenía para ofrecer una respuesta a determinado momento de nuestra historia. Cuando en aquella época el laicismo invadió las aulas universitarias y amenazaba el patrimonio religioso y patriótico de Colombia, Manuel José Sierra no se fue al muro de lamentaciones para llorar sobre las ruinas. Como soldado de Cristo y aguerrido luchador de su patria, salió a la batalla en el mismo campo donde lo citaba el enemigo, fundó la Bolivariana y desde allí este admirable estrategia del espíritu, trabado en noble lid con el genio del error

Notas

y de la maledicencia, obtuvo resonantes victorias que hoy ciñen como coronas de dorados laureles las sienes de la Iglesia y de la patria, dos grandes amores que se fundieron en aleación maravillosa en el crisol de su espíritu selecto.

A los treinta años de su muerte, el espíritu de Manuel José Sierra continúa vivo en los claustros bolivarianos; la semilla lanzada al surco por su mano temblorosa de esperanza se ha convertido en árbol gigante que cobija con su sombra bienhechora el ámbito amable de la patria y entrega sus frutos abundantes y sazonados a la sociedad colombiana que venera su memoria y bendice su obra portentosa. Una vez más: Gloria a su vida meritísima y fecunda; gratitud imperecedera al sacerdote santo y al patriota diamantino; respeto a su memoria augusta y bendición a su alma glorificada.

Extinguida la vida preciosa del primer rector, tomaron el timón de la universidad, las manos expertas y prudentes de Monseñor Félix Henao Botero, su actual rector magnífico. Nadie como él había asimilado tan a fondo el ideal bolivariano de Manuel José Sierra y nadie como él amaba tanto la universidad. Así lo han comprobado treinta años de admirable labor organizadora y expansiva. A través del largo y fecundo rectorado, Monseñor Henao ha conseguido el milagro de la actual universidad que ocupa puesto de honor en Colombia a pesar de sus escasos recursos y de las continuas dificultades que le han salido al paso. Pero todo lo ha sabido superar y aprovechar por su gran fe en Cristo y en María, por su amor a la Bolivariana, por su voluntad indomable de trabajo, por su prudencia y por su tacto admirables, por su dón de gentes y por el apoyo del pueblo antioqueño que lo ama, lo estima y lo secunda como a otro de sus grandes valores, de sus más calificados servidores y pionero de la fe y de la cultura en el mundo juvenil universitario. Lo mejor de su vida ha sido para la Bolivariana: Su preciosa vida sacerdotal, ejemplar, como pocas, en la Arquidiócesis; su exquisita cultura; su acendrado espíritu de sacrificio; su afán creador; su anhelo constante de superación y de progreso; su confianza en la Divina Providencia; su amor a la Iglesia y a la patria; su veneración por la niñez y por la juventud; su fidelidad al ideal de los fundadores y su identificación con el alma bolivariana, explican la supervivencia de la institución, su creciente prestigio y su proyección maravillosa hacia el porvenir. En el ocaso de su vida, Monseñor Félix Henao Botero se dibuja en los claustros bolivarianos como padre digno y venerado, como luchador optimista y tenaz, como labriego laborioso que mira satisfecho los graneros colmados de frutos en sazón, como sacerdote fiel a su Señor y a su rebaño, como patriota que añade nuevas glorias y méritos al patrimonio que han entregado a Colombia sus mejores hijos. Inmensamente satisfactorio es para nosotros brindarle nuestro cariño sincero, nuestro aplauso emocionado, nuestra admiración reconocida y nuestra felicitación fraternal.

Ha llegado para los bolivarianos el momento de rendir homenaje de reconocimiento a dos rectores preclaros. La mejor manera de honrarlos será la de hacer un alto en este momento histórico para refrescar la memoria del ideal de los fundadores y encender su llama en el propio espíritu. La fidelidad al pensamiento y al espíritu de quienes le dieron la vida será garantía del cumplimiento de su destino histórico y de su honradez en la cita diaria con el pueblo colombiano.

GERMAN FERNANDEZ JARAMILLO

Por Cayetano Betancur

Hace treinta años estábamos en vísperas de un hundimiento espiritual: La muerte de Manuel José Sierra, el ínclito rector de la Pontificia Universidad Bolivariana. Por entonces, Germán Fernández era un mozo en quien bullían todas las esperanzas y todo el luciente porvenir de la que es hoy egregio claustro académico.

La muerte del rector lo trajo a Bogotá. Manuel José Sierra había sido para él, no solo su superior jerárquico sino su amigo y su confidente; en él hallaron siempre eco los proyectos y los planes de nuestro amigo, ahora desaparecido.

Es fácil en estas sociedades lábiles y desgonzadas olvidar a sus servidores más insignes de un ayer no muy remoto. Germán Fernández Jaramillo tiene para gloria suya el haber sido factor decisivo en la fundación de dos de las más notables revistas culturales con que cuenta el país: La "Pontificia Bolivariana" y la "Universidad de Antioquia". Fuimos testigos de su pasión, de su celo laborar porque fueran realidad esas dos publicaciones, surgidas por cierto a la vida, una tras de otra, con muy pocos años de diferencia. Los primeros números de ellas son hoy joyas bibliográficas y tesoro de coleccionistas. Y los artículos y ensayos que allí aparecieron marcaron casi todos el destino futuro de esos cuadernos por la altura en que estaban concebidos y por los nuevos horizontes que mostraron a las juventudes colombianas.

Al par que las revistas, Germán Fernández creó al lado de Alfonso Mora Naranjo y de Manuel José Sierra, las bibliotecas de la Universidad de Antioquia y de la Bolivariana. Una intensa vida en los canjes con publicaciones de todo el orbe empezó a agitarse en los recintos universitarios, y lo que antes era ocurrencia aislada, resultó cotidiano ejercicio: El de registrar los paquetes postales que acrecían el tesoro bibliotecario. Aparte de esto, la adquisición continua de libros nuevos pusieron al día un fondo arcaico de venerables tesoros bibliográficos, pero ya en mucho fosilizados.

La vocación es llamada de lo alto. Y sólo así se explica que Germán Fernández hubiera obrado tan eficazmente en la creación de esas revistas y en la fundación de aquellas bibliotecas. No tenía antecedentes ni había viajado previamente al exterior para "especializarse" en esos insignes menesteres. No. Era un instinto cultural incontenible y al tiempo mismo inspirado, el que lo llevaba a solicitar colaboraciones de eminentes escritores de Colombia y de fuera del país, a muchos de los cuales no había oído antes mencionar y ni conocía sus obras ni compartía sus ideas. Pero tenía el olfato de lo grande. Así fue como vinculó a las revistas en una u otra forma a hombres como Carlos Pellicer, Giorgio del Vecchio, Pedro Salinas, Jacques Maritain, Gerardo Diego, J. D. García Bacca, Augusto Malaret, Francisco Romero, etc., para no citar sino nombres foráneos.

Al poco tiempo de su instalación en Bogotá fundó una famosa librería y estableció una editorial, la "Suramericana", que en ese tiempo dio esperanzas a muchas gentes jóvenes de salir del anonimato forzado a que somete Colombia al escritor que no quiere ser un simple colaborador de diarios y revistas. Germán Fernández lanzó al público unas cuantas firmas nuevas que antes se hallaban en la mayor oscuridad. No es el caso de enunciar sus nombres ahora, pero es lo cierto que muchos de ellos mantienen al presente su prestigio y su renombre de gentes de letras, iniciados en la editorial de Germán Fernández.

Notas

Pero el aciago nueve de abril cortó de raíz esa planta cultural que fue sembrada con tan generosos propósitos. Entonces Germán enrutó sus energías hacia los objetos de arte y mantuvo por más de veinte años, con creciente vigor y eficiencia, uno de los más espléndidos almacenes de artículos artísticos que mucho enseñaron a las gentes que sólo dinero poseían, a dignificar su hogar con una porcelana, o un retablo o un "bibelot", un bronce o una dalmática, un pebetero, un reloj o un icono ruso. Todo esto traído a esta encumbrada ciudad de los Andes, desde las dispersas regiones del mundo: De Indoamérica o del remoto Oriente, de Egipto o de la eterna Europa madre de nuestra cultura.

Se había tornado en uno de los más expertos concededores de todas las manifestaciones de las artes plásticas, y en noble egoísmo dejó siempre para sí lo mejor de lo que podía serle un comercio opulento. Así lo revela su hermosa casa y lo que en ella se conserva.

Pero Germán Fernández Jaramillo era ante todo un hombre, si por este vocablo se entiende un ser abierto para todas las expresiones del espíritu. Porque no solo vibraba con el arte sino y principalmente con el problema del prójimo, con sus angustias, con sus necesidades. Si hubiera ingresado en la vida pública habría contribuido a que se cambiara favorablemente la imagen que entre nosotros existe de este ser de dominio que es el político. Prefirió mantenerse en los entretelones del ajeteo de los partidos, contribuyendo con su generosidad y sentido social a que la política se orientara hacia la solución de los problemas de este sufrido ente de razón que es el hombre colombiano.

Todos los escritores que un día recibimos de Germán Fernández Jaramillo su aliento y su fe en lo que decíamos como un testimonio o como un mensaje, estamos en el deber de ser fieles a su memoria. Porque era ser de una alta calidad humana.

EL OBISPO OCTAVIO BETANCOURT ARANGO

Por Javier Piedrahíta Echeverri, Pbro.

La consagración episcopal del presbítero doctor Octavio Betancourt Arango, es motivo de honor y regocijo para su tierra natal, Abejorral, donde nació el 4 de enero de 1928, para la Universidad Pontificia Bolivariana donde cursó el bachillerato completo hasta obtener el diploma en 1945, para la Arquidiócesis de Medellín a cuyo servicio se ordenó el 19 de noviembre de 1951 y para su familia que sentirá emocionada la presencia espiritual de don Vicente y Doña María.

Es el tercer obispo, hijo de Abejorral. Le antecedieron el señor Canuto Restrepo Villegas, Obispo de Pasto, quien hace un siglo asistió como Procurador del obispo de Medellín y Antioquia al primer Concilio Vaticano y el actual arzobispo de Manizales Arturo Duque Villegas.

Es el segundo obispo bachiller bolivariano. El primero es el actual auxiliar de Cali Augusto Aristizábal O. Con el señor Guillermo Escobar Vélez quien salió también de la Bolivariana para el episcopado, son honor y prez del claustro pontificio antioqueño.

La Arquidiócesis de Medellín ha sido fecundo venero de santos obispos, tres de los cuales la gobernaron en sus comienzos hace ciento dos años. Y después de varios años ha sido nombrado un obispo antioqueño para ser auxiliar del señor Botero Salazar, manizalita de nacimiento pero de ascendencia antioqueña. El se-

Notas

ñor Betancourt formado y ordenado en el Seminario de Medellín, fue coadjutor de Caldas y Titiribí, párroco de importantes parroquias como la Catedral del Espíritu Santo y sirvió en Bogotá el delicado puesto de secretario general de la Conferencia Episcopal Colombiana. Se graduó en Derecho en el Ateneo Lateranense de Roma con una tesis sobre los votos simples en el Concilio plenario de América Latina, del que hace un estudio histórico de gran importancia, pues demuestra la tarea pastoral cumplida por esa asamblea en bien de América Latina. Canciller y Vicario general de la Arquidiócesis, sus problemas pastorales le son plenamente conocidos.

La familia Betancourt es originaria de las Islas Canarias. En ella se cuentan hombres tan importantes en el servicio de la Iglesia como el hermano Pedro de Betancourt fundador de la primera orden religiosa americana, la de los Betlemitas que atendió los hospitales y sirvió la educación en los tiempos coloniales y tuvo comunidades en Nueva Granada; como el antioqueño presbítero doctor Luis de Betancourt y Figueroa, arcediano y visitador de Lima, propuesto por el Rey para obispo de Popayán; como sus hermanos Fray Andrés que rehusó el obispado de Chile y Fray Marcos, prior de Cartagena; como el presbítero José Betancourt Alvarez, primer sacristán mayor de la Candelaria de Medellín, beneficio que sirvió por cincuenta y dos años y como el presbítero Miguel Jerónimo Betancourt Alvarez, que sirve también el mismo beneficio. Desciende de Lucas de Betancourt uno de los primeros pobladores de Cáceres y muchos de sus ascendientes fueron pobladores de Abejorral.

El Papa Paulo VI quien lo eligió obispo titular de Germania de Dacia y auxiliar de la Arquidiócesis de Medellín, nos ha enseñado magistralmente que el sacerdote tiene cuatro dimensiones: la sagrada, por que es hombre de Dios; la apostólica, como hombre de la comunidad eclesial; la místico-ascética, donde encuentra la razón fundamental de su celibato y de su celo apostólico, y la eclesial porque es miembro de un cuerpo organizado. La actividad pastoral del sacerdote está donde lo eterno linda con lo temporal. Las técnicas pastorales de última hora quedan destruídas cuando no se basan en la verdadera misión sobrenatural del sacerdote. Sabemos que el Padre Octavio ha sido un sacerdote íntegro y por eso su episcopado tendrá las dimensiones ampliadas de su sacerdocio. Como lo expresa en el estilizado dibujo de las invitaciones a su consagración, donde la mitra y el báculo forman el monograma de Cristo, su episcopado será como el de todo obispo según lo enseña Rahner: "apacentar el rebaño en nombre de Cristo ya que el cargo directivo y de gobierno queda vinculado al concepto teológico del oficio pastoral (Actos 20 - 17 - 36), pues obispo etimológicamente quiere decir vigilante y es un cargo querido y fundado por Cristo en su Iglesia". Muy claras directrices dio el Concilio Vaticano II en el decreto sobre el ministerio pastoral de los obispos, acerca los obispos auxiliares ya que ellos son llamados a "participar de la solicitud del obispo diocesano".

LA CONDECORACION "SANTIAGO PEREZ"

Por Miguel Moreno Jaramillo

El Gobierno Nacional, por decreto fechado el 6 de agosto de 1970, se dignó concederme la condecoración "Santiago Pérez", que fundó para premiar a quienes se consagran a la cátedra de derecho y a investigaciones jurídicas.

Notas

Modesto abogado de provincia, mediocre profesor universitario y muy mediano tratadista de derecho, bien sé que no merezco tan insigne galardón; pero como sería injusto poner en duda la buena fe del presidente que se sirvió conferírmelo y del ministro que le acompañó en tan benigna decisión, claros varones que salieron del gobierno con el honor ileso, estoy obligado a pensar que ellos fueron presa del mismo error communis, fundamento único de otras altas distinciones recibidas por mí en otros de mis ya largos días.

La de ahora, en el atardecer de mi vida, me deja sus dejos de añoranza y sus notas de melancolía. Aniciano octogenario, veo con tristeza que han muerto mis profesores, casi todos mis compañeros de colegio, más de la mitad de mis colegas de la Corte Suprema de Justicia y sinnúmero de cuantos jóvenes integraron mi discipulado.

Cerré mi bufete, hice voluntaria dejación de mi cátedra en la Universidad de Antioquia, mi querida alma parens, y como los soldados que se guarecen en sus cuarteles de invierno, a la poste de mis años he querido permanecer en el hogar bolivariano dictando una clascita, o, mejor, haciéndola con mis discípulos en deliciosa camaradería que refresca mis canas; pero muy pronto he de renunciar también a tan agradable esparcimiento porque desde niño le oí repetir a mi padre, viejo profesor de francés, una antiquísima sentencia: *il faut savoir's effacer a temps* (es necesario saber borrarse a tiempo), y el mío está ya vencido.

Dije "hogar bolivariano" y dije bien. Eso es nuestra Universidad Pontificia. Su rector mantiene encendida en ella la lumbre del afecto. Su aire de exquisita bondad, sus consejos paternales, su frecuente dialogar con catedráticos y alumnos y la dilección que les profesa, todo ello le ha granjeado el cariño de todos. "...si quieres que te amen, ama", se lee en Marcial, citado por Vives; idea que enunció Hecatón, citado por Séneca, y que hallamos siglos después en Juan de la Cruz, citado por Cabodevilla.

Acompaña a Monseñor Henao Botero en la vicerrectoría de la Universidad, Antonio Osorio Isaza, médico y sicólogo, maestro y doctor. Nacieron el uno para el otro y el otro para el uno. Ambos a dos, en perfecta unidad, se desvelan por el progreso de la Bolivariana y habiendo atesorado abundante cultura no se la guardan, como uno tesoro, sino que la comunican generosamente con los alumnos en una perpetua donación de sí.

Quiso el señor ministro de justicia confiar al señor presidente del tribunal Superior de Medellín, doctor Octavio Restrepo Yepes, el encargo de hacerme personal entrega del galardón "Santiago Pérez", y aquí se convino en que el acto no se realizara solemnemente en sala plena o aula máxima, sino en el saloncillo donde hacemos nuestra clase cada mañana, todo lo cual tiene para mí honda significación porque Restrepo Yepes es un notable jurista que en las ramas judicial y ejecutiva del poder público, ha servido eficazmente a Colombia, ocupa un alto puesto en la administración de justicia, es docto profesor de esta Universidad y fue entre mis discípulos bolivarianos del año 42 uno de los más sobresalientes de la hornada.

Y como para que nada faltase a mi corazón, nuestra Escuela Bolivariana de Derecho y Ciencias Políticas está hoy dirigida por tres discípulos míos, también bolivarianos: mi hijo Ignacio Moreno Peláez, decano, con muy inteligentes colaboradores, Hernando y Alberto Londoño, ambos de justa fama en las aulas jurídicas. Si en todos tiempos me unía a la dirección un lazo de afinidad espiritual, ahora se añade otro de la más estrecha consanguinidad.

CAYETANO BETANCUR EN LA ACADEMIA

Por José Mejía y Mejía

Cayetano Betancur es cifra de singular valía y figura de primera magnitud en la cultura colombiana, en los estados mayores de las letras nacionales.

Cuando las generaciones universitarias de esta ciudad aficionadas a los libros se alimentaban de trinos —y esculcaban con insaciable avidez mental el mensaje estrófico de Mallarmé, de Verlaine, de Guillermo Valencia, Cayetano Betancur traducía para sus coetáneos y contemporáneos las nebulosas de la filosofía germana, manoseaba familiarmente a Emmanuel Kant, a Johann Gottlieb Fichte y Jorge Guillermo Federico Hegel, lo mismo que al Estagirita, a Platón o a Santo Tomás de Aquino. Sus altas disciplinas intelectuales superaban indudablemente las propias docencias de los claustros superiores, porque en materias filosóficas el *pénsum* oficial más exigente era para Cayetano un silabario, una citología.

Colombia —como otros pueblos del continente, sin excluir a la gran patria de Ralph Waldo Emerson—, no ha sido ciertamente un suelo propicio para los cultivos filosóficos de alguna calidad, y más bien nuestra fama universal, nuestro renombre ecuménico, es como potencia literaria o imperialismo lírico, toda vez que los más gruesos porcentajes de ciudadanos aunque éstos parezcan rudos y prosaicos, encierran decenas, veintenas y centenares de poetas reservados, de vates clandestinos y trovadores furtivos. Somos un pueblo inspirado y con legiones o ejércitos de aspirantes a los laureles apolíneos. Ya los climas brumosos y glaciales de la investigación filosófica solo son habitados por personalidades insulares. No es difícil que tanto en el siglo pasado como en la presente centuria, las más severas y esmeradas formaciones filosóficas hayan contribuido a engrandecer el espíritu de nobles y fornidos estadistas, de gobernantes, ensayistas, jurisconsultos, periodistas y encumbrados hombres de letras. Lo que alegamos es otra cosa, en el sentido de que se pueden contar en los dedos de la mano las personalidades colombianas que se han consagrado profesionalmente a las complicadas especulaciones filosóficas y son capaces de producir trabajos originales extraídos de mundos arcanos ignorados por los demás mortales, de universos por explorar, por colonizar o por descubrir ante los demás, como pueden ser los del propio filósofo. En un agudo dicho orteguiano se establece que “como el cazador en el “fuera” absoluto que es el campo, el filósofo es el hombre alerta en el absoluto “adentro” de las ideas, que son también una selva indómita y peligrosa. Faena tan problemática como la caza, la meditación corre el riesgo de “*retrer bredouille*”. ¡Debe haber, pues, en el que filosafea una vigilante cinegética de las ideas, para evitar el menor fracaso, la más leve peripecia que lleve al desastre o a las manos vacías, como los cazadores frustrados!

Pero, ante todo, el objeto de esta rápida glosa es aplaudir y felicitar a Cayetano Betancur por su ingreso a la Academia Colombiana —nada menos que en reemplazo del profesor Luis López de Mesa—, quien había llenado la vacante del Doctor José Vicente Concha, que no alcanzó a posesionarse. Y en la entrega o número 82 del “Boletín” de la meritísima institución, se publica el maravilloso “discurso de recepción” del nuevo académico sobre “La interpretación de la ley”. En esta sazónada y densa disertación, Cayetano expresa, entre otros juicios espléndidos sobre su antecesor, que “López de Mesa se adelantó a su tiempo, es decir, al tiempo cultural colombiano, en muchas tesis filosóficas que él fue el primero en anunciar entre nosotros. Si no como creación suya, sí como divulgación y aún

más, apropiación educadora dentro de nuestro panorama intelectual. No es del caso establecer ahora qué porción de autenticidad y qué de interpretación pudo haber en tan amplio despliegue ideológico. Mas lo que no puede ocultarse es la alta jerarquía que López de Mesa conquistó para la obra intelectual y para sí mismo, justamente en cuanto se estimaba como un hombre de espíritu. Tenía plena conciencia del papel que desempeñaba en la sociedad colombiana, y jamás pensó atribuirlo ni a sus riquezas (y era rico), ni a su cuna (y era de clara estirpe), sino al escueto hecho de que movilizaba un inmenso caudal de cultura. López de Mesa impuso su nombre a la opinión pública en razón y solo en razón de ser un hombre de cultura”.

No agraviamos o siquiera fastidiamos a Cayetano Betancur, nuestro dilectísimo amigo, ilustrado e ilustrísimo copartidario, si afirmamos que su estilo filosófico y literario de hoy es tan ágil como matizado y también humanizado, porque en el autor de la “Crítica de la Razón Pura” se aprende filosofía, pero tal vez no cierta gracia poética como la que adornaba y musicalizaba el pensamiento de los filósofos de la Grecia socrática, de la Grecia platónica. Quizás un cerebro tan lirizado como el de Enrique Heine —no obstante la irreverencia que encarna su juicio crítico—, suponía que el autor de la “Crítica de la Razón Pura” no iba francamente a conquistar el mundo con su “estilo de carretero”. Cayetano se sabe de memoria los “Tratados” graciosos —en que se lee a cada línea, a cada sílaba, a cada letra—, que la misma ciencia es grosera si anda desaliñada.

EN MEMORIA DE EDUARDO BERRIO GONZALEZ

Por José Luis López

Hoy se ha empobrecido el carácter del pueblo colombiano.

Porque se ausenta uno de los grandes valores que han sido columna y fundamento de nuestra estructura social: con la dignidad en la vida pública y privada; con la plenitud y la pulcritud de la ética vivida; con el aporte cotidiano a la cultura; con la siembra cariñosa y la difusión perseverante de la equidad y de la justicia; con el cultivo intensivo y silente de la sabiduría; con la orfebrería regocijada y jubilosa de la amistad; con la camaradería cordial, docente y dicente, en diálogo sencillo, humilde y constructivo, sin mengua, menoscabo y deterioro de la superioridad jerárquica; con el rigor en la declaración y en la defensa de lo bueno y de lo justo; con la prolongación inmaculada del mayorazgo excelso; con la fe devota en los altos ideales de lo verdadero y de lo bello; con la pobreza de espíritu de quien fue siempre un potentado del espíritu; con el acendramiento y la decantación en la observancia de las virtudes espirituales y civiles que arman caballero al buen cristiano y al buen ciudadano.

Cuando sin quererlo y sin buscarlo, intervino en la política, navegaba majestuosamente en el mar de la serenidad. Para decirlo en pocas palabras, no le prendió fuego a la constitución de Rionegro ni le quemó mucho incienso a la Carta del 86.

Su partida llena de aflicción un hogar hidalgo y benemérito; llena de sombra ese elevado instituto de enseñanza que es la Universidad Pontificia Bolivariana; llena de vacío el aire enrarecido y contaminado de nuestra democracia;

Notas

llena de luto el círculo acongojado de sus amigos; llena de desamparo a los muchos a quienes favorecía con sus dádivas materiales y morales; llena de incertidumbre dolorida a los que consolaba con el bálsamo del buen consejo a quienes lo han menester.

Con lágrimas devolvemos a la tierra sus despojos mortales y con exultación nos constituimos depositarios de su memoria duradera. Está escrito que más que la vida locuaz enseña la muerte taciturna. Así él seguirá alumbrando la escondida senda de nuestro peregrinaje, al modo de esos lampos erráticos de las estrellas desaparecidas. Hasta que un día, amargo y dulce día, volvamos a abrazarlo, con abrazo eterno, en la morada y en el reino que no tienen fin.

Pongamos una cruz sobre su tumba. "En la cruz está la salud, en la cruz la vida, en la cruz la defensa de los enemigos; en la cruz la infusión de la suavidad soberana, en la cruz la fortaleza del corazón, en la cruz el gozo del espíritu; en la cruz está la suma virtud, en la cruz la perfección de la santidad". En la cruz están también las promesas de la resurrección.

Dejémoslo solo con su gloria y vivamos de su recuerdo.

BERNARDO HERRERA RESTREPO

Por Carlos E. Mesa, C.M.F.

A lo largo de treinta y siete años Colombia entera fue recibiendo unos documentos pastorales que empezaban siempre así: Nos, Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá y Primado de Colombia. Y los colombianos escuchaban, "puesto el atento oído" porque en esa misma fórmula pontifical ya había unas resonancias de señorío y de historia y un preludeo de altísimas enseñanzas. En su linaje esclarecido había raíz antioqueña. Fue nieto del historiador Restrepo, el secretario de Bolívar; fue hijo de don Bernardo Herrera Buendía, convencionista de Rionegro. Y como observa uno de sus biógrafos personificó, por rara y feliz coincidencia, casi toda la historia del país. Nació —en 1844— cuando la Nueva Granada llegaba al período de su pleno desarrollo; tocóle educarse en los tormentosos días de la Confederación Granadina; ejerció el ministerio sacerdotal cuando ésta, nuestra república, tomaba el nombre de Estados Unidos de Colombia y vino a ser obispo en los precisos momentos en que una saludable transformación se obraba en beneficio público de Colombia. Su episcopado fue contemporáneo de la Constitución del 86. Vivió los días de la guerra fratricida, la dictadura de Reyes, el gobierno republicano, la presidencia de Concha, de Suárez, de Abadía.

Nació predestinado por la Providencia para ejercer el mando espiritual. Y conducido por ella se fue formando para sus futuras encomiendas.

Su maestro de primeras letras fue Ricardo Carrasquilla; sus profesores de humanidades, los Jesuitas; su condiscípulo más egregio, Miguel Antonio Caro. De 1860 data una poesía latina de Bernardo Herrera Restrepo en honor de San Pedro Claver. Para modelarse sacerdote según el corazón de Cristo le dieron espiritualidad solidísima el seminario parisiense de San Sulpicio; vertebración teológica, la universidad de la Sapienza, de Roma.

En la ciudad pontificia asiste, como secretario de Monseñor Toscano, a las sesiones del Concilio Vaticano I. Allí se le afianza la fe, se le acrecienta la

cultura, conoce a los grandes de la Iglesia. Entre ellos al arzobispo Claret, hoy canonizado, que le regala un ejemplar de su libro el Camino Recto. El 26 de octubre de 1870, dos días después de morir en Fontfroide ciudad de Francia el padre Claret, don Bernardo llega nuevamente a Bogotá y luego canta su primera misa en la iglesia de San Ignacio.

Y al año siguiente de veinticinco años no bien cumplidos, el arzobispo Arbeáez le entrega la rectoría del seminario de Bogotá, vivero de sacerdotes y prelados ejemplares. Es un sacerdote integral, nutrido en el espíritu de San Sulpicio, el que allí durante catorce años, y luego en Medellín, bajo su fecundo pontificado, confirma en disciplina, en piedad, en letras a varias generaciones de levitas y de ciudadanos eminentes. En la vida integérrima y fertilísima de este hombre de Dios hubo cuatro preocupaciones descolantes y absorbentes: la formación del clero, el robustecimiento de la jerarquía en lo civil y en lo eclesiástico, la lucha contra los principios disolventes y la inserción de los operarios extranjeros en las tareas de la Iglesia colombiana.

Preconizado obispo de Medellín en el consistorio de 27 de marzo de 1885 entró en la tierra de sus antepasados precedido por el prestigio de sus merecimientos, alumbrado por el lema paulino de gastarse por las almas y aparejado para una eficacísima tarea de magisterio, de régimen y de santificación. Bien pronto el seminario recibió los beneficios de su larga experiencia; y la niñez y juventud se sintieron favorecidas por los nuevos educadores ignacianos y lasallistas que él amó, amparó e introdujo en nuestra comarca. A la par con esta edificación espiritual surgió la catedral de Villanueva, austera, majestuosa, imponente, símbolo de la religiosidad antioqueña.

Vacante la sede arzobispal de Bogotá por fallecimiento de monseñor Velasco el Papa León XIII fijó su mirada en el obispo de Medellín. Era el hombre de la Providencia para esa coyuntura de la república. Y aunque nacido para el mando aceptó la encomienda gravísima no tanto como preeminencia sino como función de tutela y consejo, de doctrina, advertencia y pastoreo. Fue por treinta y siete años el director espiritual del país. Sus pastorales —recordaba monseñor Carrasquilla— resultan exposición completa del dogma y la moral, curso de religión adoptado a entendimientos rudos y del cual las personas eruditas podrían sacar doctrina y edificación. Son material precioso para la historia de Colombia. Hablaba con sencillez a los hombres del rebaño; con claridad y autoridad a los caudillos de la prensa o de la política. Por su despacho pasaban presidentes, senadores, ministros, periodistas y oían con reverencia sus dictámenes porque él se sentía depositario de una caudalosa herencia y encargado de conservar intacto el imperio dinástico de la verdad católica abrazada por la inmensa mayoría de los colombianos. Obraba así por deberes de prelado, por imperativos de patriotismo vigilante.

Hacia 1912 una sencilla esquila suya saca del retiro privado al doctor Suárez y lo encamina hacia la política y la futura y no lejana presidencia. Algún día acuden a su despacho varios inquietos periodistas. Uno de ellos, más tarde presidente, sube el tono en alguna respuesta. En mi casa, le recalca el prelado, nadie alza la voz. Toda la vida del señor Herrera Restrepo, escribía José Alejandro Bermúdez, que tan cerca lo trató, se resume en la frase solemne de San Hilario: Yo soy el obispo. No, parece sino que todas las enseñanzas y las prescripciones de San Pablo a Tito y Timoteo las hubiera reducido el señor Herrera a la realidad dentro de un siglo apartado ya en mucho de la fe de las principales edades.

Notas

Junto al sentido jerárquico, poseído en grado eminente, las dilataciones, muchas veces ocultas, de la santa caridad y misericordia, la erección, por trabajo y limosnas suyas, de asilos para niños, para ancianos, para enfermos, continuamente socorridos. Y, muy sacerdotal las prolongadas horas de confesonario hasta sus últimos días.

Fue don Bernardo de una severidad y austeridad extremas. Su norte, el deber pastoral; su cauce, el horario estrictamente seguido. Madrugaba a meditar, celebrar y confesar y atendía en su despacho con una serenidad y una ecuanimidad maravillosas, lo mismo al jerarca y al diplomático que al obrero que acudía a pedirle una recomendación. A las cinco de la tarde, por único descanso, un paseo en su coche, pero solo. Alma refrenada, sobria, practicante de la mortificación aún en cosas insignificantes. Con sus raros amigos, muy amigo; con sacerdotes y religiosos, deferente y exquisito; para todos, aún sus íntimos, el hombre de la autoridad, el nieto del historiador Restrepo, siempre tan medido, tan serio, tan puntual en todos los escritos. En Herrera Restrepo sobre el hombre se edificó el sacerdote y por encima de todo se levantaba el Pontífice. Aún reducido al lecho de enfermedad —recuerda Bermúdez— era y sabía demostrarlo el arzobispo de Bogotá. Gustaba del esplendor del culto y cuando entraba, revestido de sus ornamentos pontificales, por la bella catedral bogotana, era la imagen de la majestad. Cuando en sus días postreros lo visitó el Nuncio Giobbe, hoy cardenal de la Santa Iglesia, el prelado se incorporó para decirle: He servido a la Iglesia y quiero profesar adhesión y amor a nuestro Padre Santo hasta la muerte. A su muerte, acaecida el 2 de enero de 1928, Colombia entera se enlutó acongojada. Su vida fue edificante; su recuerdo es presencia que no se desvanece. Y ahora, Medellín y Antioquia, lo evocan, lo retienen y lo agregan a los bustos gloriosos de La Playa, a la teoría de los modeladores del alma antioqueña.

NECESIDAD Y SENTIDO DE LA PLANEACION

Por el Arq. Darío Pérez Upegui, S. J.

La planeación es un hecho en el mundo. Ante la urgencia del desarrollo, la opción no es si deba haber o no planeación, sino qué tipo de planeación es la más adecuada. En América Latina la necesidad es imperiosa. Las circunstancias de dependencia y competencia internacionales; la falta de integración al interior del continente; el crecimiento canceroso de las ciudades y el deseo reprimido de justicia, en el hombre americano, hacen de la planeación entre nosotros, no la actividad científicamente interesante para economistas jóvenes, sino una necesidad vital de todos.

Pero la planeación por ser para el hombre, es tan compleja como el hombre mismo. Ningún profesional solo, puede hacer planeación adecuada, por muy especialista que sea en una rama determinada de la técnica. En toda planeación hay que conseguir una doble síntesis: la de los factores que se extraen de la realidad y la de la expresión dinámica y para el futuro de ellos mismos. El hombre no es solamente índice de consumo o de producción; ni tampoco solamente un ser que ocupa espacio físico y que se reproduce y se relaciona. El hombre es todo eso

y mucho más. Por eso ni el arquitecto, ni el economista, ni el geógrafo, ni el sociólogo solos, pueden planificar para el hombre total.

La planeación es por lo mismo una ciencia **polidisciplinaria**, tal como corresponde a una empresa múltiple, la promoción del complejo ser humano. Es tarea para un equipo también **polidisciplinario**, de hombres abiertos, arraigados en la comunidad, que vivan los problemas de ésta y que quieran ser intérpretes y sus servidores.

I. - Contenido de la planeación

Básicamente la planeación es una manera de pensar, "a way of thinking", un proceso racional e intuitivo a veces mediante el cual se capta una realidad, se fijan unos objetivos y se organizan unos medios para alcanzarlos. Con lo dicho no se pretende agotar todo el contenido de la planeación. Detrás de la noción básica anotada, hay toda una gama de enfoques posibles para determinar esos objetivos y esos medios. No se trata en este trabajo tan general de entrar en más precisiones, pero sí se anota de paso que las diferentes concepciones del hombre y su destino son las que jalonan la orientación y las metas de una planeación determinada. Habría un tipo de planeación para el hombre máquina, el de la sociedad de consumo, y otro, para el hombre persona, abierto a la sociedad en la cual se realiza y a la trascendencia en la cual se diviniza.

Pero la variedad de la planeación proviene también de la escala física en que haya de desarrollarse. Desde un espacio físico concreto para una realización arquitectónica, hasta una región polarizada por una ciudad, un país por una red de ciudades, un continente entretejido por un mercado común o un mundo disperso en donde hayan de equilibrarse los bloques de naciones. Es claro que el equipo interdisciplinario habrá de estructurarse diferentemente según esa escala y que el papel de cada profesional es distinto según los casos. Concretamente el sociólogo actuaría en forma diferente en su asesoría en función de la integración de una comunidad de sector urbano o de una integración a escala regional. El urbanista presidiría normalmente el equipo que organizara una localidad, pero no así el que trabajara en la integración de un mercado continental.

La planeación según la urgencia podría atacar los problemas inmediatos para racionalizar las tendencias, o la estructura misma de la sociedad para producir una revolución en la vida toda, y a largo plazo, de la colectividad. Se podrían considerar en la planeación ciertos aspectos como el de los servicios, el de la infraestructura, el de las relaciones espaciales urbanas; o también, todos los factores que inciden en la promoción del hombre total. Pero por más especializada que sea la planeación, como sería la de vías de comunicación, la de distribución de escuelas y hospitales, etc., nunca debe ella positivamente ignorar al sujeto y objeto de toda planeación que es el hombre.

En este sentido se necesita sumergir al hombre en el proceso de la planeación. Es uno de los problemas que en la práctica resultan más complejos. Básicamente es un problema de educación. El hombre debe saber lo que quiere y lo que razonablemente puede esperar de la planeación y el cómo aportar en función de sí mismo y de la comunidad sus puntos de vista al proceso y realización de la planeación.

Dentro de ese marco la planeación sería el camino más abierto a la realización del hombre que responsablemente participaría en las decisiones. Sería el alcance del ideal cristiano de que el hombre sea un ser abierto que solo se realice plenamente en cuanto aporte y reciba de la sociedad lo que esencialmente necesi-

Notas

ta según su dignidad de ser liberado por Cristo. Sería la culminación de la verdadera democracia en donde el hombre se sentiría válidamente representante y representado por la comunidad.

II. - Noción de desarrollo

La planeación debe pues crear las condiciones políticas, económicas, sociales, geográficas, etc., que promociónen todo el hombre y todos los hombres. La noción de desarrollo encierra esta promoción que en palabras del P. Lebreton "es la serie de pasos que debe dar una población determinada para pasar de una fase menos humana, a una fase más humana, al ritmo más rápido posible, al costo financiero y humano lo menos elevado posible teniendo en cuenta la solidaridad de toda la comunidad".

Por el desarrollo, el hombre sujeto de su promoción, se incorpora al drama local, regional, nacional y mundial en el que sus hermanos pugnan también por promocionarse. El hombre se va haciendo dueño en cuanto es capaz, de su destino, de sus propios problemas, de sus historias, como Dios quiso que fuera.

La planeación es la estructura del desarrollo, el método, la canalización, la participación del hombre que organiza y continúa la creación de Dios sobre el mundo. Una planeación adecuada es la condición necesaria para un desarrollo óptimo y a corto plazo de todo el hombre y de todos los hombres. Es el camino hacia la liberación personal y colectiva.

III. - Situación en Colombia

En Colombia la planeación está desacreditada. Son muchos más los planes que se han quedado archivados que los que han sido ejecutados. Planes en muchos casos productos de una "élite" tecnócrata que ignora al hombre colombiano, con su olor a tierra, con su conocimiento de las cosas, con su represión contenida. Planes que se han fijado metas irreales más impuestas desde el extranjero que reflejo de necesidades internas. Planes que como el "Decenal de Desarrollo" ignoró el espacio y localización de las actividades para fijar cifras y tasas de incremento según modelos pre-establecidos o exigidos desde fuera.

La burocracia, la discontinuidad administrativa, la copia de modelos extranjeros, la ignorancia de los funcionarios, forman parte del lastre que ha frenado una política sana de planeación. Para el futuro hay que cambiar, pues la reforma constitucional última da a la planeación carta de ciudadanía en los círculos decisivos de la rama ejecutiva del gobierno y se la prevee a nivel departamental y municipal. El espacio colombiano, la población y la geografía la necesitan impostergablemente como condición para el desarrollo.

Toda sana política descentralista no tendría bases si no se apoyara sobre una planeación regional. Una planeación nacional que descendiese como un paracaídas de la capital sobre "las provincias" carecería de soportes en las bases y en los niveles medios de decisión que son las regiones. Toda reforma de límites administrativos que ignore las áreas naturales de la planeación sería tan artificial como el querer cuadricular la hoja de un árbol.

A la planeación hay que aceptarla como una condición necesaria para el desarrollo, como una realización y perfección del hombre que se va haciendo dueño de su destino y de su historia.

ALMA DEL HOGAR TRADICIONAL DE ANTIOQUIA

Por Jaime Sanín Echeverri

Sería imposible concebir siquiera la vida del hombre en la paulatina ocupación y desenvolvimiento de estos nuestros valles nativos sin la presencia continua de la Virgen María, venerada en las imágenes de sus diversas advocaciones. Rionegro empieza a ser ciudad de señorío cuando todos sus vecinos notables traen desde la derruida ciudad de Arma el famoso presente del rey Felipe II, aureolado de milagro y de leyenda, que es la estatua de la Virgen del Rosario. El retablo de Nuestra Señora de los Dolores, conducido por una piadosa señora que le construirá el primer templo, determina la fundación de la sociedad de La Ceja del Tambo, y una imagen de la misma denominación hace posible la existencia del Guarzo, hoy El Retiro, ante la cual han de venir año tras año los libertos de doña Javiera a pagar con preces el precio de su libertad. Y de estos mismos valles habían de salir para plantar otros tantos santuarios marianos, los fundadores de Sonsón y de Abejorral, los de Salamina y el Sargento, los que llevaron a los nuevos territorios los nombres cejeños de Aranzazu y Marulanda y aquellos González y Aranzazu, nobles familias que tenían títulos reales sobre todas las tierras del actual departamento de Caldas, en cuya colonización no hay una mujer más notable que la viuda de don Juan de Dios, primera dama que fue de la Nueva Granada, donante de terrenos en que habían de construirse templos marianos como células de las nuevas ciudades. Del otro lado del río Negro nunca fue menor el fervor. La sociedad toda del Carmen de Viboral sufrió su mayor conmoción entrañable cuando desapareció y acaso fue incinerada por arbitrio eclesiástico la imagen añosa de la Virgen que había dado nombre al pueblo. Y todos esos hombres inteligentes y andariegos que tienen la sangre marinilla, coautores de la colonización del occidente colombiano, la hicieron bajo la égida de Nuestra Señora. Esta colosal aventura, la más grande que se ha emprendido en nuestra vida republicana, tiene el sentido de una peregrinación en los labios de los intrépidos arrieros que se detenían a orar en cada capilla de la travesía interminable, pero sobre todo en la oración constante de la matrona antioqueña, el ejemplar humano de más acabada perfección que ha producido nuestra patria, ante cuya abnegación, elegancia y generosidad deberán descubrirse los estudiosos de todas las latitudes y tendencias.

El hogar antioqueño tradicional del cual subsisten por fortuna muchos millares de copias, puede ser ridiculizado ligeramente por quienes están enajenados a modelos espúrios, renegados de su cuna nobilísima, pero es algo de que nos seguiremos ufanando cuantos analicemos objetivamente sus auténticos valores: el desnudo de esos varones duros que plantaban su casa blanca llena de flores en el filo fresco de la montaña y se aventuraban solos a merced de los peligros de la selva, dejando la acrisolada virtud de la señora y el cuidado de los hijos bajo la custodia de la imagen de María. Se habla de que la ausencia reiterada del marido en la familia debida a las empresas transportadoras, agrarias y mineras, donde luchaba cuerpo a cuerpo con el áspid ponzoñoso y con el tigre, pero más con los invisibles gérmenes de las lagunas y con toda la insalubridad ambiental, decidieron en la organización hogareña de Antioquia una nueva suerte de matriarcado. En efecto, la madre antioqueña, más que otra alguna, tuvo que tomar decisiones cotidianas en ausencia de su marido, alternó las labores del bordado y de las artes manuales con el manejo de la hacienda, acompañó a las mujeres de sus tra-

Notas

bajadores en el trance del parto lejos de todo recurso científico, afrontó los accidentes de las caballerías en aquellos empinados caminos sembrados de cruces y de peligros, tuvo voz de mando, guarda de dineros, disposición de enseres y decisión última en materias de entidad. Pero no hubo matriarcado, pues la llegada del marido era la luz y la plenitud de la casona campesina. Ese hombre que era la rudeza tenía la compensación del mimo y del cuidado extremos y su voz bronca gobernaba sobre los maizales, los hijos y los agregados mientras se reponía de la cuartana. Ahí la garantía del hogar era testimoniada porque noche tras noche, desgranando con uñas desgarradas la mazorca de maíz amarillo montaña, como la señora con gesto igual recorría las cuentas de la camándula, los hijos y los peones, sus mujeres y sus vástagos respondían en coro las interminables avemarías del rosario por el padre ausente.

Esa dura y maravillosa escuela de trabajo y de piedad fue el hogar antioqueño, esa pareja austera sin miedo a tener hijos porque tenía confianza en sí misma, confianza en su trabajo, fe en su Dios. No la arredraban los peligros. Estaba incorporada a la naturaleza, y como veía multiplicarse la raza vacuna nativa y la caballar y la porcina, no temía falta de maíz para los pollos y las palomas, ni de carne para los cachorros del perro guardián, mucho menos para los hijos nacidos de su amor. Cuando nacía cada uno, y también cuando había un ser nuevo en la choza del mayordomo o en la casita del peón, era el regocijo de toda la hacienda, el regalo y la sincera congratulación de la vereda. En la poesía antioqueña, tan pegada a la realidad como el folclor, se transparenta esta dicha de la multiplicación. Trece hijos tuvo el gran cantor del amor conyugal, Gregorio Gutiérrez González, y en "esos recuerdos con olor de helecho" no se desdeña evocar "los primeros perritos de Marbella". Barba Jacob, que acaso no tuvo hijos, tiene la más exquisita evocación del nacimiento del hermano en su Parábola del Retorno:

*Recuerdo. Eramos cinco. Después, una mañana
un médico muy serio vino de la ciudad.*

Hizo cerrar la alcoba de Tonia y la ventana.

*Nosotros indagábamos con insistencia vana
y nos hicieron alejar.*

*Tornamos a la tarde cargados de racimos
de piñuelas maduras y gajos de arrayán.*

*La granja estaba llena de arrullos y de mimos;
¡y éramos seis, había nacido Jaime ya!*

El más dulce y el más desgraciado de nuestros vates muertos, don Epifanio, padre de varias hijas que sirvieron eficazmente los intereses educativos en La Ceja, no se contenta con admirar las maravillas del amanecer unido al amor de su cónyuge, sino que hace eco de ese regocijo del nacimiento de una sobrina, convocando sin alarde a la naturaleza para que participe en su celebración: "Vuela, lorito, a visitar la cuna - de mi Natalia". Doña Natalia Mejía de Trujillo, ese hermoso ejemplar humano que, manteniendo incólume el antiguo prestigio familiar de los descendientes de don Fortis, hizo célebre una artesanía y con ella venció la adversa fortuna, como supieron hacerlo tantas otras matronas antioqueñas.

Por qué insisto ahora en hablar de natalidad cuando he sido llamado a hacer la alabanza de María del Monte Carmelo en La Ceja, cercanos a la coronación canónica de la secular estatua traída aquí por mi insigne coterráneo el párroco Isaza, hermano que fue de la insigne Juliana cantada por Antíoco, y que tanto ilustró la historia eclesiástica de nuestra provincia?

Notas

Sabe Nuestra Señora que cuando hablo de natalidad en guisa muy distinta de la que ahora se estila, estoy haciendo la loa de su maternidad divina. Porque puestos los ojos en su imagen y las almas en la contemplación de sus misterios, se abrazaron nuestros antepasados, y ante la misma efigie tuvieron sus hijos nuestras tatarabuelas, nuestras abuelas, nuestras madres. Desde el acto amoroso hasta el alumbramiento, desde la lactancia hasta el interminable trabajo de la crianza en el amor de Dios que termina solo con la muerte y deja eco de por vida, todo en ellas fue una jaculatoria. Un acto solo de amor a Dios y a la Virgen María, una voluntaria y heroica aceptación de los designios divinos. Lo que ahora tratan los falsos apóstoles de inculcar como un derecho, ellos y ellas sabían que era una tentación, y no caían en ella. Nunca la humanidad ha carecido de métodos expeditos para evitar los nacimientos, pero ha habido desde el cristianismo muchas familias que se avergonzaron de practicarlos, ha habido parejas que se sintieron partícipes de la grandeza del Creador cuando engendraron amorosamente a sus hijos y cuando aceptaron el albur puestos los ojos altos en el cielo.

¿Qué sería de nuestra Antioquia, provincia aislada y remota, sin la valerosa confianza que nuestros antiguos depositaron en la Provincia Divina cuando llamaron a la vida largas legiones sin planificación y sin inventario minucioso de recuos disponibles? No se hubiera logrado la aventura afortunada de salir los pobladores hoy llamados sobrantes de sus propios lares y dar origen a esas patrias nuevas, más grandes y fecundas que las prístinas. Hay una página de Tomás Carrasquilla, "El Anima Sola", la cual penetra en ese privilegio divino que es el reino de los futuribles, y llega a medir el alcance para la humanidad del hijo que no se engendró. Así toda nuestra literatura, como toda nuestra alma popular, es un cántico a la fecundidad. ¿Quién no oyó en su infancia el popular Trecenario de San Francisco de Paula, cuando en los Gozos ponía énfasis la madre antioqueña?

*"A la perfecta casada
que con devota oración
su fruto de bendición
pide a la Virgen Sagrada..."*

Sí. Los antioqueños fuimos hijos deseados, bien recibidos, bien habidos.

¿Qué logran estos predicadores del control de la natalidad sino llenar de pesimismo a la población, convencerla cada día más de su incapacidad para esfuerzos superiores aún en favor de la más bella y noble de las causas, como es la de fundar y prosperar una nueva familia?

Escritores agotados, copian de cualquier almanaque simples proyecciones de población, y desbarran con base tan deleznable, llevándose de calle los más íntimos sentimientos humanos, el albedrío de multiplicarse que se ha respetado desde la prehistoria aún a los esclavos, el problema sobrenatural que entraña el crecimiento de la patria y de la Iglesia, el logro y la riqueza afectiva de que muchos hemos menester. La madre, hasta ahora venerada por toda la humanidad como lo mejor que había en ella, está siendo despreciada y vilipendiada. Los nuevos valores que vienen a suplantarse los madurados en largos siglos por el cristianismo, son el erotismo como fin, realizado por el mero placer y sus consecuencias naturales, el aborto provocado, el amor libre, el divorcio vincular.

¿Qué felicidad podemos ofrecer a nuestros pueblos con estos programas exhibidos a mañana y tarde en la publicidad comercial, llevados por presuntas dirigentas femeninas a congresos de tamaño continental, repetidos con rutina torpe y ensordecidora por ciertos políticos en decadencia y por escritorzuelos sin

Notas

asomo de pensadores que muelen a diario los mismos temas con iguales escasas palabras para fatiga de las prensas y de los lectores?

Nuestra única esperanza de desarrollo, aún en lo económico, está en la multiplicación de la familia cristiana, de aquella que mira como espejo la Sagrada Familia de Nazaret. Nunca olvido la sagaz respuesta del Padre Camilo Torres, interrogado sobre el lugar común de la explosión demográfica y las responsabilidades del catolicismo en este proceso. Dijo que en cuanto a Colombia, el número de hijos naturales era tal que sin ellos no habría explosión demográfica. Por tanto si los colombianos cumplieran las leyes de la Iglesia en materia de natalidad, el fenómeno no se hubiera producido. Y mal podría achacarse responsabilidad a la Iglesia de hijos nacidos fuera de matrimonio cuando eran la evidente violación de sus normas.

Démonos cuenta hoy que más que nunca de que cuando nos apartemos del cristianismo estamos dando tumbos en el abismo de nuestra perdición como sociedad y como individuos. Las leyes de libertad para el aborto voluntario y las campañas masivas de control de la maternidad constituyen una vergüenza para la sagrada profesión médica, que juró desde los días paganos de Hipócrates no usar su ciencia en actos que fueran contra la vida del feto, pues el objeto mismo de la medicina es la protección de la vida humana, y nada que vaya contra la vida humana deja de ir contra la medicina. Los antioqueños tenemos que recordar esas cumbres de ética que no dudaron en ofrendar sus vidas a sabiendas, a trueque de salvar otras no menos preciosas, las de una madre y un niño aún no nacido. En el ya clásico cuadro "Horizontes" del maestro Cano, el padre, la madre y prematuramente el niño miran y señalan el espacio lejano, las tierras por ocupar, por poseer, por dominar como en el mandato del Génesis, como único objeto de esperanza. Y en los grandes murales de Pedro Nel Gómez toda la fuerza de Antioquia nace de la fecundidad, como en los mitos aborígenes de la Sinifaná y la Ayurá.

Unas en forma más artística que otras, las imágenes de Nuestra Señora del Monte Carmelo representan siempre a esta señora con su divino hijo en los brazos, inspirados siempre los artistas en la historia o la leyenda —no nos interesa ahora si lo uno o lo otro— de la aparición de la Virgen a San Simón Stock y la entrega que le hizo del hábito de la orden oriental del Carmen como prenda salvífica para quienes lo vistían: el santo escapulario.

Hoy se estiló poco creer en apariciones, en revelaciones privadas, en imágenes y en sotanas. Menos aún en las llamadas devociones salvíficas. Se habla poquísimo del purgatorio y aún se dice en mensajes públicos que la Iglesia tiene archivadas las llamas eternas del infierno, tan vivas e indudables en la palabra de Jesús. En los mismos documentos conciliares la teología mariana, como la presencia real de Cristo en la Eucaristía, apenas se tocan de soslayo, con timidez, no porque se pretenda negarlas sino porque se consideran ya definidas por concilios y Papas antañones, y porque cierta cortesía con los hermanos separados, con ánimo de atraerlos a la casa paterna, parece que aconseja no hacer alarde de nuestros más caros dogmas y tradiciones.

Los habitantes de estos valles de maravilla, donde en cada vuelta del camino hay una imagen de Nuestra Señora, somos cristianos por la gracia de Dios desde mucho antes del Concilio Vaticano II, y nuestros padres lo fueron en su inmensa mayoría desde antes de la herejía protestante de nuestros amadísimos hermanos separados.

Creemos en María Santísima, Madre de Dios y de los hombres, concebida sin pecado original, mediadora universal, conducto de la gracia, dispensadora

Notas

del favor divino, corredentora, que está en el cielo en cuerpo y alma, que oye nuestras oraciones e interviene directamente ante su Divino Hijo por nosotros. Creemos que él se solaza y se goza en su intervención.

Veneramos sus imágenes, como se venera el retrato de la madre en nuestros hogares. No tenemos el menor influjo idolátrico ni fetichista en esta veneración, aunque así lo proclamen los pedantes de aquí y los presuntuosos teólogos del viejo continente, donde también la veneración a las imágenes marianas ha sido el seño del catolicismo. Consideramos mal orientados a los nuevos iconoclastas, como antaño lo fueron los orientales y en los albores de la edad moderna los seguidores del hermano separado fray Martín Lutero y sus compañeros de herejía. Creemos que las imágenes han representado en nuestra cristiandad un medio visual como los que ahora tanto se aconsejan, y que en la mente de todos los hombres se mantienen vivos los hechos evangélicos y apostólicos en parte gracias a las imágenes, mayormente en poblaciones como las de la Europa medieval y renacentista y las nuestras de hoy en las cuales una gran parte del pueblo no tiene acceso a la lectura de los libros santos, por no saber leer. Consideramos útiles las tradicionales procesiones con imágenes sagradas y con cánticos y música religiosa, aunque sea por el mismo aspecto pedagógico ya relacionado de los medios audiovisuales. Ojalá los versos latinos de antigüedad venerable no fueran artificiosamente dados al olvido ni entregados en pésimas traducciones a la profanación del pueblo de Dios, máxime cuando a ellos están unidos nombres como los de Santo Tomás de Aquino, que merecen respeto de sus derechos de autor en su versificación y lengua originales.

No aceptamos que se nos siga tratando como a menores de edad ni como a países coloniales en materia de pertenencia a la Iglesia. Mediante el bautismo somos tan hijos de Dios como los de pueblos de más antigua conversión. Hemos conocido cerca, en nuestros propios hogares, ejemplares adultos de santidad en su amor a Dios y al prójimo que pueden servir de modelos a toda la cristiandad. En nuestros viejos párrocos y obispos, aunque no llegue su fama a la veneración pública de los altares, hemos conocido pares de los más grandes santos de otras latitudes.

Amamos a Dios y a nuestra Señora a despecho del mundo apóstata que nos circunda. Queremos diálogo con él, pero no sobre la base de avergonzarnos de nuestra causa, ni de simular que nuestra casa está corrompida para que cómo-damente vuelvan a ella los hermanos corrompidos que la abandonaron.

Todavía somos romeros. Venimos año tras año al pie de la imagen de Nuestra Señora, como desde antaño se iba ante la del Pilar o la de Loreto, y como se va hoy a Lourdes o a Fátima, a decirle nuestras quejas, a renovarle nuestro amor, a encenderle el cirio de nuestros corazones, a jurarle amor filial, fidelidad perenne, y que La Ceja y estos valles, y Antioquia, y Colombia, y la América Española seguirán siempre suyos, péseles o no a los clérigos modernistas, a los estadistas que pretenden reformar a la Iglesia, a los periodistas que desean cambiar el paradigma de la pureza inmaculada de María por la lascivia pansexualista de Freud, los valores de la familia cristiana por el onanismo, el aborto y el divorcio; y la imagen admirada de la madre cristiana por el maniquí maquillado de la mujer artificialmente infecunda, poseída de miedo del amor y dominada por el instinto animal del mero placer.

Hemos llegado, Señora del Carmen, a esta romería, pero sabemos que dentro de un año y dentro de un siglo y de aquí a muchos siglos, hasta el fin, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos volverán a tus plantas a orar, a recordar, a ensoñar, porque no prevalecerán las puertas del infierno.

ANTONIO JOSE URIBE

Por Fernando Gómez Martínez

Dos universidades antioqueñas, la de Antioquia y la Pontificia Bolivariana, rinden homenaje a la memoria del doctor Antonio José Uribe, con motivo del centenario de su nacimiento. La primera fue su hogar intelectual, junto con la nacional, donde se graduó. La segunda recibió de él eminentes servicios en los primeros años de existencia. El retrato del ilustre medellinense será colocado en puesto de honor en ambos centros académicos.

Justo homenaje el que se tributa a este eminente colombiano, político, tratadista de varias materias, servidor público y educador de juventudes.

Su vida estuvo ligada por muchos años a la actividad universitaria como profesor de varias asignaturas: retórica e historia de la literatura castellana, en nuestra Alma Mater y derecho internacional privado, derechos civil y mercantil y economía política en la Nacional.

Fue ministro de instrucción pública, como se llamaba en tiempos viejos la cartera que ahora se llama de educación, y su paso por tan alto puesto se distinguió por las normas sobre programas y organización que dictó para ese ramo en nuestro país, las cuales rigieron por mucho tiempo en escuelas y universidades con fruto evidente para la cultura colombiana.

Quienes seguimos la carrera del derecho en la mitad primera del presente siglo, nos valimos de tres libros de comentarios para ampliación de nuestros estudios de derecho civil: el del doctor Fernando Vélez, el primero en esa materia de crítica jurídica en Colombia; el de Baudry Lacantinerie, que era de los pocos textos extranjeros que llegaban hasta nosotros, y el que escribieron Choampeau y Uribe, los apellidos de un alto profesor francés y de nuestro compatriota.

Fuera de ese libro de consulta, escribió el doctor Uribe otras obras y ensayos de profundo contenido jurídico sobre las servidumbres, la legislación minera, el derecho mercantil y otras materias importantes.

Pero si en el derecho descolló como tratadista y profesor, no lo fue menos en materias internacionales. Su paso por el ministerio de relaciones exteriores, cartera que ocupó con mucho brillo; por la comisión asesora del mismo en la cual fue eficaz por su versación y su experiencia; por varias de nuestras embajadas principales y por la Corte Permanente de Arbitraje de la Haya, de la cual fue miembro, sirvieron para mostrar sus conocimientos en aquella rama. Son notables sus libros sobre la historia diplomática de Colombia.

Muchas veces ocupó puesto tanto en la cámara de representantes como en el senado, y casi otras tantas fue elegido presidente en ambas corporaciones. Su labor parlamentaria se puede seguir a través de muchas leyes fundamentales de que fue autor, bien como parlamentario o como ministro del despacho ejecutivo.

Pero su nombre no solo fue conocido en Colombia, donde perteneció a varias academias científicas, entre ellas la Colombiana, sino en el exterior, donde también fue llamado a sillones de altísimas corporaciones.

Tantos conocimientos y tanta actividad hicieron del doctor Uribe uno de los colombianos más distinguidos de su época, y de los que más influyeron en la vida científica, cultural y política de nuestro país. Lo destacaron además el temple de su carácter, su don de gentes, su labor caritativa al frente de la Sociedad de San Vicente de Paúl, y la honestidad de su vida tanto pública como privada.

Notas

Por todo eso el homenaje que le rinden nuestras universidades, en el cual participan el gobierno departamental y la alcaldía, es bien merecido por ese eminente compatriota de quien habrá de sentirse siempre orgullosa la ciudad de Medellín, donde se nació su cuna y Antioquia toda.

CENTENARIO DE GABRIEL Y GALÁN

Por Carlos Murciano

Se cumple un siglo, ahora, del nacimiento de Gabriel y Galán. Cien años tendría hoy el poeta. En estos cien años han pasado muchas cosas en la poesía española, en la poesía del mundo, en la literatura toda. Bécquer, Gabriel y Galán y Campoamor han sido, quizá, los poetas más populares de todo el XIX, y su popularidad entra con fuerza en nuestro siglo.

Bécquer, de cuya muerte se conmemora en este año el centenario, además de popular, fue selecto, grande de verdad, escogido, privilegiado. Ahora se le reconoce una vez más. Campoamor y Gabriel y Galán han perdido categoría para algunos estudiosos. Y, en cuanto a su popularidad, la de Campoamor se ha borrado, o casi. La de Gabriel y Galán sigue vigente en buena medida. Nosotros hemos visto alguna vez al pueblo de Madrid, este pueblo del gran Madrid de los años sesenta y setenta, diciendo de memoria poemas del inefable maestro poeta. Bécquer o el amor, diríamos hoy; Campoamor o el desencanto burgués; Gabriel y Galán o el pueblo.

Romanticismo, burguesía y pueblo cantan en estos tres grandes del XIX. El romanticismo de Bécquer sigue vigente por su sencillez, por su hondura, por su aire esencial, libre de empachos de época. La burguesía bonachona del fin de siglo dice en los versos de Campoamor su experiencia, su sentimentalismo de segundo orden, su amor y desamor por la vida, con un *spleen* provinciano nada desdeñable en los aciertos, a veces, pero hoy superado, al parecer. Gabriel y Galán, pueblo cercano al pueblo, tiene hoy la inesperada vigencia de haber sido un precursor de toda la poesía social que se ha hecho después. Como "social" le vieron ya la Pardo Bazán y Maragall. El costumbrismo, el casticismo, el localismo que hay en José María Gabriel y Galán, son fruta de un tiempo que hoy ya no nos sabe a mucho, que más bien nos sabe a poco. Pero queda, junto a su temblor lírico —inevitablemente expresado con el ingenuo artificio de la época—, la preocupación honrada y directa por los hombres de España, del campo de España.

Si los modernos "sociales" no le han tomado como precursor, es, sin duda, porque esta actitud no se había radicalizado en él. No había madurado. Pero, queramos o no, él es un germen de rehumanización y colectivización de lo lírico. Lastrado del sentimiento y la forma de su tiempo, pero lleno del dato inmediato, de la cercanía del trabajo, que no tienen, en cambio, los modernos poetas del pueblo. José María Gabriel y Galán, en su centenario, vuelve a la popularidad de la gente de España como en un segundo abrazo con los sencillos. La televisión y un gran actor, José María Rodero, le han dado vida. La gente le mira y le reconoce. Le mira y se reconoce.

Vuelven, al cabo de los años, de la mano siempre propicia de una fecha redonda, los versos de Gabriel y Galán.

Notas

Versos que bien supimos, que oímos repetir a nuestros mayores, que olvidamos, suficientes, cuando la Poesía se nos fue metiendo dentro, haciéndose una con nosotros. Vuelven aquellos títulos —“El Ama”, “El embargo”, “Mi vaquerillo”...—, ayer suscitadores de nuestra emoción colegial, y que hoy parecen resbalar sobre nuestra piel curtida ya por otros soles poéticos. Mas, donde hubo, queda. Y donde hubo poesía capaz de sacudirnos, queda un poso destellante, un limo punteado de vívidas lucecillas conmovedoras. Y los arrestos necesarios para, a despecho de tantos prejuicios, acercarse con ojos limpios, si no nuevos, a esta poesía entrañada.

Manejamos las *Obras completas* que editara Rivadeneyra, en 1921, con fotografía del autor —cuesta trabajo creer en su juventud—, autógrafo —una letra picuda, nerviosa— y una antología de prólogos, firmados por Francisco F. Villegas, el P. Cámara, Maragall y la Pardo Bazán, elogiosos, sin duda. Y sus muchos versos, claro. Y su breve prosa. Se trata de la cuarta edición. Las agotaba entonces, una tras otra, el poeta de Frades, el poeta de Guijo. Cuando Pedro de Lorenzo compone su *Réquiem por un poeta del pueblo*, anota: “Un hecho, frente a todo posible argumento en contra: a los cincuenta años de su muerte, cincuenta ediciones de obra completa. Subrayar esta marca, en un tiempo de poesía impopular, de poesía esotérica”.

Se leyó mucho a Gabriel y Galán. Se le sigue leyendo, pese a todo. No en los cerrados círculos literarios, sino en aquellos otros de la España llana, terne en su sentir. Decía la Pardo Bazán que Gabriel y Galán había logrado lo que “otros vates de tronío y campanillas” no lograron nunca: el duelo de dos regiones —Salamanca y Extremadura— y el llanto de “los humildes, los pobres de espíritu, los mansos”. “El dolor por la desaparición de Gabriel y Galán —añade— honra a los que lo experimentaron, probablemente sin razonarlo”. En la única carta que el poeta —próxima ya su muerte— escribió a Doña Emilia, consignaba: “Mis paisanos los salmanquinos, y lo mismo los extremeños, me quieren mucho, me miman. Yo también les quiero con toda mi alma, y con ella les hago coplas, que saben, mejor que yo, de memoria, porque las recitan en todas partes, y hasta las oigo cantar diariamente a los gañanes en la arada”. Quienes cantaban diariamente sus coplas, le lloraron, hicieron guardia ante su tumba, celosos de sus restos.

El maestro de Grijuelo y Piedrahíta contó con el fervor popular. Fue poeta social sin proponérselo y de tal lo calificaba la Pardo Bazán, cincuenta años atrás. “Social es el conjunto de su obra”, dice, aunque no llegue a “socialista revolucionario”. Cita nuestra autora su “Himno al trabajo” y, en especial, la estrofa que comienza “Vida que vive asida, / savia sorbiendo de la ajena vida...”; mas los ejemplos se multiplicarían fácilmente. No obstante, escritores hay —tal Ricardo Jordana— que consideran que sus versos “expresan una resignación cansada, careciendo en absoluto de rebeldía social”, a excepción, precisamente, del “Himno” citado. No estamos de acuerdo. Gabriel y Galán es rebelde a su manera y clama y denuncia. Recordemos, v. g. (a un lado las blasfemias de aquellos hombres “más leales que mastines, más sencillos que corderos, / más esquivos que lobatos”, de “Los pastores de mi abuelo”, (uno de sus poemas más logrados), “Surco arriba y surco abajo”, leído ante el propio Alfonso XIII; o el poema que le dedica luego en la revista *Las Hurdes*:

“Señor: en tierras hermanas
de estas tierras castellanas,
no viven vida de humanos

Notas

nuestros míseros hermanos
de las montañas jurdanas”.

“Que se acerquen los hijo de los hombres”, pidió una y otra vez su voz joven, tan pronto silenciada.

Pero sus apariciones públicas eran fugaces. Iba a la ciudad y volvía veloz a su tierra y a su gente, a lo suyo verdadero. “Estuve en la ciudad y vi la vida. / Es ligera y hermosa”. . . Pero los ruidos, las noches estériles, las tertulias, nada nuevo le enseñan: “. . . ni a cantar aprendí con más dulzura / que la que puso Dios en mi garganta”. Huye, regresa. Y reza y dice su acto de contrición:

“Pero ya estoy aquí, campos queridos,
cuyos encantos olvidé por otros
amasados con miel y con veneno.
¡Pequé contra vosotros!
¡Recibidme otra vez en vuestro seno!”.

Encinares, mieses, hombres de su alquería, blancos caseríos, valles, montes, golondrinas, hijos, esposa, le reciben. La soledad le llama. “Tú, soledad amena”, pronuncia, a la sombra de Fray Luis. Y más adelante: “La atmósfera serena de esta amorosa soledad amena”. . . Para añadir: “¡Qué bien se vive solo, a Dios amando, en Dios viviendo y para Dios obrando”. . . Y el motivo tornará repetidamente a hacerse carne de su canción: “Aquí se siente a Dios, en el reposo de este dulce aislamiento. . .”.

¿Y la música? ¿De dónde le viene al poeta el son, la melodía? El mismo va a respondernos con un poema titulado así, “Mi Música”, válido para conformar su poética. Esas “naturales armonías”, esas “populares canturías” que le prestan su ritmo mejor, son el aire y la lluvia, el esquilón de la ermita, los rumores de la alquería, el hilillo del manantial, las canciones de cuna, los hachazos del leñador, la tonada del zagal, los balidos y bramidos de recentales y becerros, el zumbar de las colmenas, el callejero coro infantil. “Canto llano, pobre y duro”, dice del suyo. Y se reconoce, no juglar, sino cantor sincero del solar castellano:

“Canto el alma popular;
no tengo nombre, Señor”.

Cuando Joan Maragall prolonga sus *Extremeñas*, no le regatea alabanzas. El, que había arremetido contra los “lamentables baches” de la obra poética cam-poamorina, contra la rítmica elocuencia —“pura oratoria”— de Núñez de Arce e incluso había escrito de cierto poeta castellano: “Temo en lo más íntimo de mi corazón que este joven poeta se encuentre tristemente pervertido por Rubén Darío. . .”, ve en el verso de Gabriel y Galán la palabra viva, esencia de la poesía más auténtica.

“¿Qué ira a buscar el poeta —escribe Maragall— en las hojas de herbario de un Diccionario de la Academia? ¿Flores secas bien clasificadas? No; el poeta va a la vivacidad de los campos, a la boca del pueblo, a su dialecto, rural o ciudadano, porque la vivacidad de éste es la condición de la verdadera poesía, de la palabra palpitante de sentido”. Y aún se arriesga a vaticinar que “los clásicos españoles del siglo XX” serán Vicente Medina y Gabriel y Galán. Los años no han dado la razón al escritor catalán ni las *Extremeñas* significan la cima del quehacer lírico del poeta de Frades.

Notas

Pero la "dureza mimosa" de su fonética supo disparar sus "versos de brama, derechos al corazón". Y todavía.

Leemos: "Que yo jamás me he nutrido con pan de terruño ajeno". Mas ¿quién no lo hizo alguna vez? José María de Cossío, que ha rastreado cuidadosamente las influencias que se advierten en la poesía de Gabriel y Galán, niega la de Fray Luis y Meléndez, pero reconoce la de Espronceda, Campoamor, Zorrilla y, en especial, la de Mira de Amescua (y la corriente tradicional villanesca) y la de Núñez de Arce (todo un estilo de dicción entonada y retórica propio de la época). Junto a ellos, Medina y sus *Aires murcianos*. Y el famosísimo "Nocturno" de Silva, el suicida, cuya huella pesa, poderosa, sobre "Nocturno montañés", "Sortilegio" y —Cossío no las cita— "Las canciones de la noche", a las que pertenece este fragmento:

"Otra noche, tan hermosa como aquella,
de armonías y de aromas empapadas;
otra pura, casta noche, rutilante,
presidida por solemne luna diáfana
que inundaba los espacios infinitos
con el polvo de su mansa luz fantástica,
triste y solo, como siempre,
por el seno de los montes yo vagaba..."

La formación literaria del poeta debió ser un tanto caótica y no muy completa. Mas su autenticidad acabó conformándole una voz propia, que, sin seguidores afortunados —su hermano Baldomero, Villegas, Grande García, Rodríguez Pinilla, Medina Bocos, Rincón Lazcano...—, tal ocurriera con Campoamor, sigue resonando y emocionando, hasta el punto de hacer decir a Cossío —en 1960— que Gabriel y Galán "es, junto a Bécquer, el poeta más leído aún hoy mismo".

Seis meses después del nacimiento de Gabriel y Galán (Frades de la Sierra, 28 de junio de 1870) muere Bécquer en Madrid. Gabriel y Galán va a vivir los mismos años que el sevillano, si bien logrará en vida el éxito que éste no tuvo. Su muerte ocurre el día de Reyes de 1905, en Guijo de Granadilla. Siempre creyó el poeta que su voz y su verso le sobrevivirían. "¡Tú tienes que morir! ¡Yo soy eterno!" —grita a la montaña—; "¡porque yo sé cantar y tú eres muda". Y en su "Canción" postrera grabó su testamento:

"¡Quiero vivir! A Dios voy
y a Dios no se va muriendo,
se va al Oriente subiendo
por la breve noche de hoy.
De luz y de sombras soy
y quiero darme a las dos.
¡Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!"

Es fácil seguir, a través de sus versos, su afán —su certeza— de quedar. ¿Valdría, ante la duda, esta estrofa de "La romería del amor"?:

Notas

“¡El poeta era yo! Sentíme fuerte,
llena mi carne se sintió de vida,
lleno de fe mi corazón inerte,
llena de luz mi mente oscurecida...
¡Me alcé en la tumba y sacudí la muerte!”.

Sigue en pie. Su poesía, clara, sencilla, directa, le sostiene, le ayuda a sacudirse la muerte cada día. José María Gabriel y Galán, maestro, campesino y poeta, creyó en Dios y amó a los hombres:

“para el Dios de la Cruz, mi fe de roca,
y el amor de mi alma, para todos”,

Dijo. Y estos dos versos compondrían, sobre su losa, el más cumplido epitafio. Porque supo hacerlos verdad.

LAS UNIVERSIDADES DE COLOMBIA Y MONSEÑOR FELIX HENAO BOTERO

Por Carlos Medellín

Confieso que me entusiasma y me conmueve ser portavoz del concierto de las universidades colombianas, para decir a Monseñor Félix Henao Botero lo que él y ustedes sobradamente saben: que esta feliz conmemoración de la Universidad Pontificia Bolivariana, en el trigésimo aniversario de la promoción de su ilustre Rector, nos toca a todos en nuestras más hondas fibras universitarias, nos atrae de consuno, y por unanimidad, a esta amable fábrica de la inteligencia colombiana, con física presencia de algunos y con absoluto concurso espiritual de los demás.

La simple remembranza de lo que Monseñor Henao Botero ha significado, y efectivamente ha sido, no solo para esta casa de la cual es Rector Magnífico, sino para la sociedad universitaria que represento, de la cual sigue siendo, por derecho propio, magnífico rector, es propósito excesivo en este momento. Pero como el recuerdo frecuentemente produce consecuencias, yo sé, y así lo expreso a ciencia cierta, que para los rectores y para los claustros que informan nuestra cara Institución, la vida de Monseñor Henao Botero, y la obra suya que la refleja con perfecta fidelidad, una y otra esencialmente confundidas en el apostólico servicio de la educación, desempeñan doble y trascendental función: ser guía, en primer lugar, y guía intermitente, de indudable atracción en medio de la vicisitud constante; y ser también, con harta frecuencia, punto de apoyo en los momentos de la debilidad. Porque, entre todas las categorías intelectuales y humanas que iluminan propiamente la personalidad del noble pastor, hay una especial que nos cautiva: la firmeza de sus ideas, la solidez de sus actos, la impertertable consistencia de sus proceder. Esto crea seguridad espontánea en torno de los acontecimientos universitarios a los cuales asiste Monseñor Henao Botero. Yo lo veo, y lo admiro, y lo gozo en los consejos rectorales, en aquellos momentos en que los debates del más complejo contenido se mueven por entre laberintos de ideas diversas y encontradas, como corresponde al ambiente de la Univer-

Notas

sidad, cuando la voz rocosa y experimentada del rector maestro, que parece estar saliendo siempre de lo más hondo de las montañas de su tierra, surge con dignidad y con altura para decir las cosas más importantes en el lenguaje más familiar, y más sencillo, y por lo mismo más penetrante y convincente.

Pero hay, además, otra consecuencia que no me es posible eludir. Si alguien que desconociera a Monseñor Henao Botero —lo que me parece imposible en el amplio mundo de nuestra Universidad— inquiriera por el secreto de su treintenaria permanencia en la dirección de la Universidad Pontificia Bolivariana, no podría haber más fácil explicación que la de su maravillosa autenticidad. Propósito aparentemente sencillo de una vida, pero bien difícil de realizar, este de tener valores propios, insubordinados, con rebeldía auténtica también frente a los compromisos artificiales y transitorios del momentáneo interés. Sacerdote auténtico, maestro auténtico, rector auténtico, pero sobre todo hombre auténtico, como diáfano exponente de las más puras y delicadas categorías humanas, Monseñor Henao Botero, sin perjuicio de sus responsabilidades eclesiásticas, y antes bien en armonía con ellas, ha hecho de ser hombre auténtico una perfecta profesión. Por esto mismo lo admiro y lo señalo como un ideal del humanismo, en cuanto viva integración de cultura y sensibilidad. Así se explica, de igual manera, el halo de simpatía que ciñe constantemente su bella figura patriarcal, que atrae hacia ella, con respetuosa confianza, los ojos, los oídos y las voluntades de sus interlocutores, entre los cuales los más decididos amigos y partidarios suyos suelen ser, precisamente, los del territorio opuesto a sus creencias religiosas y sus convicciones ideológicas. Tal es la fuerza de la juventud indeclinable y de la generosidad permanente y cordial de Monseñor Henao Botero.

Por todo esto, y por lo mucho más que pudiera decir ahora, y que seguramente ya se ha dicho con mejor forma y mayor propiedad —aunque dudo que más sinceramente— me entusiasma y me conmueve estar hoy a su lado, y pedir a él y a ustedes que a través de mi palabra emocionada escuchen la resonancia nacional de la universidad colombiana, unísona y presente.

LA INDUSTRIA COLOMBIANA

Por Luis Prieto Ocampo

Con naturalidad y honestidad he de decirles que es este el momento más importante de mi vida. Cuando los industriales de mi patria me invisten como su presidente y me entregan su bandera inmaculada —para que en su nombre— con la arrogancia de su ilustre y pura tradición la siga ondeando a fin de que sus pliegues lleguen a todas las regiones de Colombia.

La presidencia de la ANDI es —sin duda alguna— el máximo honor a que puede aspirar un industrial colombiano. Mi postulación solo la he podido concebir y aceptar como la resultante de la pasión y honradez de mi vida aplicada a la gestión industrial.

No encuentro palabras que puedan transmitirles a ustedes la intensidad de mis sentimientos, en este día y en este momento. Esta mi posesión —además de la magnitud de su importancia— tiene para mi aspectos que la concentran de delicadas emociones.

Notas

En primer lugar —que ella se verifique en Medellín— centro de explosión de una infinita gama de virtudes de una raza —que al irrigarse avasallante y palpitante hasta penetrar en todos los repliegues del territorio colombiano— ha constituido la sustancia de nuestro conglomerado humano que ya se distingue por su fuerte personalidad en el conjunto de los países latinoamericanos.

Que sea también Medellín la cuna de mis primeras letras industriales —y la generosa ciudad que me abrió sus aulas universitarias— las mismas donde hoy asisten mis hijos, para inyectarme ciencia y pundonor, técnica y dignidad, erudición y arrogancia, como me lo recuerdan ahora condiscípulos y amigos gentilísimos de mi generación, quienes en este momento me acompañan y estimulan con su presencia y solidaridad.

Homenaje a la U.P.B. — Por eso pido —señores industriales— me permitan una pausa —al entrar a la presidencia de la Andi— para que yo me incline reverente a rendir el tributo de mi gratitud a esta ciudad magnífica, a mi Universidad Pontificia Bolivariana y depositar respetuoso el que envía mi ciudad de Manizales a su Madre Antioquia, como testimonio de su reconocimiento por el honor con que hoy se unge a su hijo más modesto.

No en vano se reciben enseñanzas y se imprimen severos principios en un medio formidable como el que providencialmente tuve la suerte de convivir durante mi primera juventud. Enseñanzas y principios que me han acompañado toda mi vida y a los que he sido fiel, tenazmente fiel.

He sido testigo y he actuado en escenarios donde el hombre colombiano sin más recursos que su propio ser —cuando se le incita y se le provoca a dar la batalla, cualquiera que ella sea, ha salido victorioso y airoso— siempre que tal incitación y tal provocación obedezcan a un ideal noble, honestamente trazado y tengan el marco del optimismo y de la mística.

Porque también recuerdo —pues en ese escenario también viví, cómo cuando esos postulados no están presentes— la pasión descontrolada lleva terror y desolación como si hubieran desarraigado de su alma hasta los más rudimentarios principios de humanidad y nobleza.

Estas dos posiciones no necesitan explicación y los que estamos aquí reunidos podemos dar fe de ellas. De ahí la inmensa responsabilidad de las personas o de los sistemas —que en una u otra forma— tienen en sus manos el poder de incitar y provocar los movimientos del hombre colombiano, de tanta fuerza concentrada para desatlarla en el sentido que se le excite y la visión y perspectiva que se le indique.

Colonización. — La primera posición dió como producto en el siglo pasado la colonización de regiones que hoy conforman los Departamentos de Caldas, Risaralda y Quindío con repercusiones en el Valle del Cauca. Una gesta sin par en la América Latina como participación de la acción individual —auténtica manifestación de la empresa privada— debidamente incitada o por lo menos no obstaculizada.

La industrialización de Colombia —que hoy sirve de ejemplo y reto a nuestros socios en el Convenio Andino— desarrollada en el siglo XX, es otra demostración genuina del poder de expansión y de creación de nuestra gente colombiana, cuando se le establecen reglas claras y estables, bajo las cuales puedan dar rienda suelta al vigor de sus iniciativas.

Notas

Empresa privada. — En ambas oportunidades la acción de la empresa privada se ve clara y positiva. Su balance de inmensos beneficios se ha manifestado en una participación sustancial en el desarrollo del país, —en la sustentación de su base económica— la creación de empleos, la utilización de materias primas e insumos nacionales, el efecto multiplicador en la creación de exportaciones, y lo que es más importante, la formación de una clase empresarial eficiente y honesta.

Momentos difíciles. — Llego a la presidencia de la Asociación Nacional de Industriales, en momentos difíciles para la empresa privada. La sacude el reflejo de tendencias estatizantes en otros países que pueden obstaculizar su normal desarrollo y poco a poco alejarla del ámbito donde se forjan las decisiones que marcan el futuro del país. En un momento de gran agilidad en las comunicaciones —por razones económicas— debemos buscar una mayor vinculación con los países vecinos y plantearles programas de integración. Pero en todo momento conscientes de la filosofía que ha orientado nuestro pasado y debe seguir siendo nuestra bandera en las batallas que hemos de librar para el bien de Colombia.

Quizás otros países con grandes recursos naturales pueden jugar a la estatización y recrearse en nuevas aventuras filosóficas —para ganar algunas experiencias mientras adquieren visibilidad sobre la orientación de sus economías—.

Pero tengo para mí que Colombia —debe tener especial cuidado en estos cscarceos ideológicos— porque su casi único recurso radica en la calidad de sus gentes que bien es el más importante y decisivo, la motivación que a ellas se les de es definitiva.

La prédica permanente de la existencia de una pobreza y una miseria, la exhibición diaria de las lacras sociales, comunes a todos los países, y la permanente amenaza de posibles reacciones crean una conciencia deprimente que tiende a desviar peligrosamente la dinámica ya manifiesta del pueblo colombiano.

Las personas, cualquiera que sean sus condiciones sociales o económicas, reaccionan favorablemente a las motivaciones positivas, a los ideales juiciosamente realizables, y más cuando se las invita democráticamente a participar en los programas y a luchar para hacerlos efectivos.

Si es cierto que los recursos naturales de Colombia son débiles, ya que sólo estacionalmente, merced a una escasez real o estratégica, algunos de estos recursos superan ciertas barreras económicas de explotación y llegan a despertar interés extraterritorial, como el caso del níquel, el carbón, el petróleo, etc., considero que se debe hacer especial énfasis en aquellas otras posibilidades, donde la actividad e iniciativa humanas son la esencia y condición fundamental de su éxito o fracaso. Donde la inteligencia y proyección del hombre, son su fuerza creadora y la razón de su existencia. Actividades que ya hemos experimentado como aptas para los colombianos y sobre las cuales ya empezábamos a tener tradición y experiencia. Estas posibilidades tienen una base común —que yo considero el elemento vital—, sin el cual no creo posible el desarrollo colombiano, me refiero a la empresa privada.

Estatización. — Desgraciadamente esta empresa privada trata de venir a menos en Colombia. Ciertas técnicas recién llegadas y manejadas con un criterio sin suficiente experiencia de la realidad colombiana, han ido encauzando la casi totalidad de las actividades, hacia un marco estatal que no traerá otra consecuencia diferente de la ineficiencia y la abulia de los empresarios.

Notas

Ello no quiere decir que la acción del Estado debe marginarse de la actividad industrial. Muy por el contrario. Debe ser muy activa en su promoción, orientación y en la formulación de políticas en acuerdo y equilibrio permanente con el sector privado, que debe tener a su cargo el desarrollo y puesta en marcha de todos los planes industriales conjuntamente elaborados.

Entendemos que en el mundo industrial del momento, se imponen ciertos desarrollos, que por la magnitud de la inversión, por la incertidumbre de una rentabilidad adecuada y oportuna, por la escasa acumulación de capital en el sector privado, en países como el nuestro, tienen que ser atendidos inicialmente por el Estado.

Pero el Estado ha de mantener siempre en mente y con gran claridad cuál debe ser su papel en las actividades de promoción, y orientación del fomento industrial, pues existe el peligro latente de que se pierda el sentido que dio origen a su intervención.

Poca intervención. — En los últimos años, como lo indican cifras oficiales, es alarmante la escasa participación del capital privado en el desarrollo de nuevos proyectos industriales. Este fenómeno a todos tiene que preocupar, porque el desarrollo en Colombia, por sus especiales condiciones, no podrá hacerse sin nuestra presencia muy activa.

La asistencia a este acto del Señor Ministro de Desarrollo Económico, me honra sobremanera, porque en su carácter de amigo personal muy gentil, ha aceptado darle singular importancia a mi posesión.

Siendo yo gerente del Instituto de Fomento Industrial, cuya junta directiva es presidida por el señor ministro, tuve muchísimas oportunidades de dialogar con él, sobre estas preocupaciones que son las mismas de ustedes y que tienen que ver tanto con el futuro del país.

En todas esas oportunidades y muy especialmente cuando hube de tomar la decisión de retirarme de la gerencia del IFI, al aceptar la presidencia de la ANDI, convinimos y acordamos la importancia y necesidad de una intervención conjunta de los sectores público y privado para conseguir los objetivos que les son comunes.

Estudio urgente. — Ahora que ustedes me confieren la dignidad de ser presidente de los industriales, quiero recoger esta preocupación y este deseo del señor ministro y unirlo al vehemente anhelo del sector privado industrial, a que se le permita participar activa y oportunamente en la programación y ejecución del desarrollo colombiano.

Muy respetuosamente, propondría en este caso, iniciar cuanto antes un estudio conjunto más a fondo y detallado de la actual situación del sector privado frente a los nuevos desarrollos industriales que el país necesita.

Invocación. — Al llegar a la presidencia de la Asociación Nacional de Industriales tengo plena conciencia de mis enormes responsabilidades. Siento el peso tremendo de la estela luminosa que han dejado personajes de la más alta prestancia nacional como han sido mis antecesores. Asumir la posición que han enaltecido nombres como Cipriano Restrepo Jaramillo, José Gutiérrez Gómez, Jorge Ortiz Rodríguez, Alejandro Uribe Escobar, Ignacio Betancur Campuzano y Luciano Elejalde Jaramillo, me confunde a la vez que me estimula. Imploro la asistencia Divina, el inmenso amor a mi Patria y su decidida colaboración señores industriales, para que me guíen a cumplir con decoro y dignidad su honroso mandato.